

Tercera
edición

Periodismo narrativo

Cómo contar la realidad
con las armas de la literatura

Roberto Herrscher



Periodismo narrativo

Roberto Herrscher

PERIODISMO ACTIVO

1

Periodismo narrativo

Cómo contar la realidad
con las armas de la literatura

Roberto Herrscher

Prólogo de Josep Cuní

A mis alumnos, por enseñarme a ver y entender

*A mi hijo José Pablo, que no es alumno aunque a veces lo olvido,
y porque siendo su padre soy mejor persona*

ÍNDICE

Prólogo. <i>Profesión de tango: pasión</i> , por Josep Cuní	15
--	----

Introducción

Mario Vargas Llosa, Ginger Thompson y el chofer del ministro haitiano	17
¿De qué va este libro?	20
De música, afinidades y admiraciones	22
El mérito es de mis maestros; la culpa es mía	23

I. LA REALIDAD CONTADA

Capítulo 1. Herramientas

<i>Primeros pasos para transformar una noticia en un texto narrativo</i>	27
El punto de vista y el personaje del narrador	28
La historia de los otros	30
De fuentes y declaraciones a personajes y diálogos: el teatro de la realidad	32
El detalle revelador: los objetos cobran vida, la descripción como fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual	33
Qué historias piden y merecen ser contadas: el camino de los hechos y los caminos de los personajes	35

Capítulo 2. Preguntas

<i>Las cinco Ws del periodismo narrativo</i>	37
Qué	39
Quién	42
Dónde	45
Cuándo	48
Cómo	51
Por qué	52

Capítulo 3. Enfoques

<i>Cuatro maneras de acercarse a una gran historia</i>	55
Mateo, el abogado	56
Lucas, el historiador	58
Juan, el poeta	60
Marcos, el reportero	61

Capítulo 4. Antecedentes

<i>El fuego donde comenzó a calentarse el periodismo narrativo</i>	65
Cantar y contar el mito	65
Las obras históricas de Shakespeare	67
La novela realista y el folletín	68
Surgidas de las mismas máquinas Remington en las que tecleaban sus novelas	72

Capítulo 5. Medios

<i>Revistas, libros y diarios cuentan y descubren lo que pasa</i>	75
Las revistas o cómo suscribirse a una visión del mundo	77
Los libros de no ficción o cómo morder un trozo de profundidad	80
Antologías, colecciones	81
Libros de consumo inmediato y de compromiso	82
Grandes reportajes y crónicas: genuinos libros periodísticos	83
Pececitos de colores en el diario de cada día	84

II. LECCIONES & MAESTROS

Capítulo 6

I. Ryszard Kapuściński

<i>El reportero de la curiosidad infinita</i>	93
Una conversación inesperada	94
«Kapu» cuenta sus primeros viajes	95
Maestro en constante aprendizaje	97
Tener o no tener zapatos	99
Su último viaje	101
Una entrevista inolvidable	102
Buscando la historia de esa mañana en el Zócalo	104

II. Lecciones a partir de Kapuściński

<i>Llegar, mirar, oler, describir, contar, entender</i>	105
Ir y llegar	105
Ver y mirar	107
Oír y escuchar, oler y saborear, tocar hasta mancharse	108

La foto: describir el escenario y hacernos «ver» su significado.....	109
La novela: de los datos a la historia, del argumento al relato.....	111
La estructura: siempre diferente, siempre reconocible.....	112
Epílogo a partir de <i>Kapuściński non-fiction</i> de Artur Domosławski.....	114

Capítulo 7

I. Studs Terkel, Lawrence Grobel y Oriana Fallaci

<i>El teatro de la entrevista</i>	119
Studs Terkel, el mejor escuchador del mundo	119
Cómo llegó a crear fascinantes <i>patchworks</i> de historia oral.....	123
Lawrence Grobel, tirando del hilo de Ariadna	125
¿Grobel o Pacino?	128
Lucha, desafío e intransigencia de Oriana Fallaci	131
Una propuesta: Oriana Fallaci nunca cambió.....	138

II. Lecciones a partir de Terkel, Grobel y Fallaci

<i>La entrevista como género narrativo</i>	142
La entrevista para entender.....	142
La entrevista como recolección de material para poder contar	144
La entrevista: una obra de teatro de no ficción.....	145
Entrevistas «con»: ¿con quién contamos y por qué?.....	147
Entrevistas «a»: personajes entrevistables y cómo tratarlos	148
Entrevistas «contra»: representando al ciudadano	150
¿Es cierto lo que nos dicen? ¿Nos mienten? ¿Se equivocan?.....	151

Capítulo 8

I. Gay Talese, Joseph Mitchell, Josep Pla y Tomás Eloy Martínez

<i>Perfiladores afilados como cuchillos</i>	153
Bendita gripe la de Frank Sinatra	153
Gay Talese, maestro de la fama y la oscuridad.....	156
Joseph Mitchell, el fantasma de los pasillos del <i>New Yorker</i>	159
El secreto de Joe Mitchell.....	161
Josep Pla, pintar con recuerdos, digresión a digresión, mientras brama la tramontana	164
Tres etapas planianas: leer, viajar y encerrarse a recordar.....	167
<i>Homenots</i> : buscando lo esencial y lo catalán de unos gigantes familiares..	170
Tomás Eloy Martínez y el mítico cadáver de Evita Perón	176
Tomás Eloy Martínez vuela bajo pero lejos	180

II. Lecciones a partir de Talese, Mitchell, Pla y Martínez

<i>El perfil como arte y como oficio</i>	183
No es reportaje, no es crónica, no es biografía...	
¿qué es el perfil periodístico?.....	183

¿Quiénes son «perfilables»?.....	186
Ingredientes del perfil I: entrevistas y seguimiento al personaje.....	188
Ingredientes del perfil II: entrevistas con otros.....	191
Ingredientes del perfil III: investigación, qué leer, dónde ir... ..	192
La receta: cómo estructurarlo y escribirlo.....	195

Capítulo 9

I. George Orwell, Günter Wallraff, Tim O'Brien y Alma Guillermoprieto

<i>En carne propia</i>	199
El «método Orwell»: bajar a la mina, a la cocina y al campo de batalla	199
Culpa y expiación de Eric Blair	204
Engañar para develar el engaño: el viaje de Günter Wallraff.....	206
Cabeza de turco, cuerpo de alemán	210
Tim O'Brien cuenta su Vietnam	212
Tim O'Brien inventa una guerra literaria más verdadera que Vietnam	214
Alma Guillermoprieto despacha cartas desde América Latina.....	218
Alma Guillermoprieto envía una postal desde el recuerdo	221

II. Lecciones a partir de Orwell, Wallraff, O'Brien y Guillermoprieto

<i>Cuándo el «yo» es aceptado... o incluso obligatorio</i>	223
¿Me ocurrió algo importante? ¿Soy interesante?	
¿Me puedo tratar como noticia?	223
El placer y el dolor de recordar el pasado	227
Lo vivo porque lo quiero contar	231
El viaje del periodista narrativo y su lector hacia la comprensión	232

Capítulo 10

I. Bob Woodward & Carl Bernstein, Seymour Hersh y Rodolfo Walsh

<i>Contar contra el sistema: la tentación del poder y el poder de las tentaciones</i>	237
Bob Woodward y Carl Bernstein, personajes.....	237
El «método Woodstein»	239
Los personajes arquetípicos	240
El taquígrafo del poder.....	243
El talento desperdiciado.....	244
Sy Hersh viaja a la cabeza del teniente Calley y descubre el horror del sistema	246
El nuevo Hersh de la guerra de Iraq es... el mismo Hersh	250
Rodolfo Walsh: del crimen individual inventado a los crímenes reales y colectivos	253
Operación Novela de Investigación Periodística	256

II. Lecciones a partir de Woodward & Bernstein, Hersh y Walsh

<i>El impulso narrativo en el periodismo de investigación</i>	261
La larga y fructífera tradición de tirarle mierda al poder	261
¿Quién investiga hoy?	262
¿Cómo transformar una sucesión de datos en una narración legible?	265
Justicia retroactiva: el periodista narrativo de investigación no permite que los crímenes se entierren	266

Capítulo 11

I. John Hersey, Truman Capote, Gabriel García Márquez y Javier Cercas

Contar desde la narración de los personajes:

<i>posibilidades y limitaciones de la «novela de no ficción»</i>	269
¿Hiroshima, el mejor libro de no ficción?	269
John Hersey, pionero y enemigo del Nuevo Periodismo	273
Truman Capote, padre de la <i>non fiction novel</i>	277
La fría sangre de un novelista	280
García Márquez: novelista, cuentero, genio y reportero cuidadoso	286
La historia que no escribió el teniente Velasco	289
Tiburones, pacos y narcos: el peligro como motor narrativo	293
Javier Cercas busca un fin para la Guerra Civil: <i>Soldados de Salamina</i>	298
<i>La velocidad de la luz</i> : el horror de Vietnam y un autor que se cuele en la foto	305
Pensar la transición: <i>Anatomía de un instante</i> , de la novela al... ¿periodismo?	308

II. Lecciones a partir de Hersey, Capote, García Márquez y Cercas

<i>El durísimo trabajo de contar historias reales como novelas</i>	312
La realidad supera a la ficción... a veces	312
Dar sentido al caos	315
Tienen la historia escondida, pero no lo saben	318
La voz del autor, la voz de los personajes	319
Contar la vida de los otros	321

Epílogo. Dedicado a la memoria de Anna Politkovskaya	323
---	-----

Fuentes	327
----------------------	-----

Bibliografía	329
---------------------------	-----

PRÓLOGO

Profesión de tango: pasión

Nos conocimos en Nueva York, «una ciudad de cosas inadvertidas», como la define Gay Talese. Nos presentó Anne Nelson mucho antes de que la por entonces profesora de la School of Journalism de Columbia University se convirtiera en exitosa autora teatral. Un flash personal a raíz de una historia familiar vinculada a un miembro del cuerpo de bomberos de Manhattan tras los atentados a las torres gemelas la llevó a escribir *The Guys*. Pocas semanas después, la obra llegaba al Off Broadway, protagonizada por Sigourney Weaver, donde se representó durante meses para saltar más tarde al cine.

La común amiga, que había sido su mentora, introducía a los alumnos de sus clases en International Media, tarea que hacía compatible con sus contactos en este mismo ámbito por delegación del decano Tom Goldstein. Entre él, David Klattell y Anne Nelson, junto con Paul McNeil, de Continuing Education, forjaron la parte americana del máster en Periodismo BCNY que seguimos impartiendo en IL3, Universidad de Barcelona, desde hace 12 años, y del que Roberto Herrscher no ha dejado de ser alma, corazón y vida.

Y como en el bolero, funde sentimiento, pasión y entrega hacia unos alumnos que, curso tras curso, se arropan en él y con él para conocer primero y experimentar después el éxtasis del periodismo. Porque trabajando, estudiando, aprendiendo con Roberto, uno no puede evitar sentir a todas horas la auténtica sensación de lo que representa poder explicar a los demás lo que a los demás les sucede. Pero ¿qué les sucede realmente a los demás? Ahí es donde entra en juego el periodismo narrativo que con tanto énfasis el profesor Herrscher describe, comenta, detalla y analiza en las siguientes páginas.

Quizás porque sabe que «todo el periodismo es ficción», como sentenció Norman Mailer, Roberto Herrscher encabeza el listado de sus referentes —¡cómo no!— con Kapuściński. Y lo hace cuando hemos sabido, gracias a su biógrafo, compañero y confidente Artur Domosławski, que el polaco cargaba sus reportajes con grandes dosis de simulación. ¿Alteraba con ello la emoción de su trabajo resultante? En absoluto. Todo lo contrario, porque es cuando asume el papel de portavoz de los pobres que encuentra en sus viajes, por citar un ejemplo, cuando se da cuenta de que «la pobreza también es la imposibilidad de expresarse».

Le sucede como a Oriana Fallaci. Decidir de antemano si sus reportajes serían un drama o una comedia, como ella misma reconoció para exponer la razón de su éxito profesional, no rebajó un ápice la intensidad de lo narrado ni la trascendencia de lo denunciado. Lo han sabido explicar muy bien los premios Nobel Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Escritores de universal talento que han ejercido el periodismo como base de muchas de sus obras, gracias a las cuales se han llevado mucho más allá instantes y perfiles, casos y circunstancias que elevaron las anécdotas a la categoría de gran literatura.

El libro que tienen en sus manos no es un manual sobre periodismo narrativo, aunque bien puede utilizarse como tal. Es el resultado del trabajo de un docente, estudioso y ejerciente, que encuentra en algunos de los muchos nombres que han dejado huella periodística por estilo y capacidad el aval a su teoría. Y como buen argentino, con tango como banda sonora, describe minuciosa y apasionadamente sus impresiones, sin dejar a un lado sus propias vivencias.

Porque para Roberto no puede entenderse la descripción de un paisaje sin la influencia de su paisanaje. El familiar, el amical, el fraternal, con quienes congenia y comparte la esencia vital del periodismo. La dimensión humana siempre. Aquella que, lejos de lo que aparenta, le facilita la descripción a través de la opinión. Se nota que ha leído a Josep Pla, a quien incluye, junto a Javier Cercas, en la presente edición corregida y ampliada de la versión original que vio la luz en Chile hace un tiempo. El astuto ampurdanés, al final de su larga trayectoria, harto de escuchar sandeces, sentenció: «Es más fácil opinar que describir. Infinitamente más. Precisamente por eso todo el mundo opina».

En estas páginas, Roberto opina. Pero consigue que la opinión sea la base de su descripción, para la cual ha sabido superar el reto de «enfrentarse a una hoja en blanco, rebuscar entre las nubes y traer algo aquí abajo». Truman Capote lo dijo, Roberto Herrscher lo ha hecho.

JOSEP CUNÍ

INTRODUCCIÓN

Mario Vargas Llosa, Ginger Thompson y el chofer del ministro haitiano

En octubre de 2006 acudí a la entrega de los premios Cabot de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia. Columbia entrega los principales premios periodísticos de Estados Unidos, entre otros los Pulitzer. En 1938 instituyó estos galardones, pioneros en su tipo, que juntan a directores de medios y reporteros de nuestro continente con periodistas norteamericanos que cubren Latinoamérica e iluminan al público estadounidense sobre su mal comprendido «patio trasero».

La ceremonia de 2006 tenía un protagonista especial, a quien yo tenía muchas ganas de escuchar: el novelista y reputado creador de opinión peruano Mario Vargas Llosa.

Junto con su obra de ficción y sus ensayos literarios, Vargas Llosa mantiene una muy comentada columna, *Piedra de toque*, en la edición española de *El País*, que numerosos diarios de América reproducen, y en los últimos años ha emprendido viajes a sitios conflictivos para escribir crónicas de lo que vio y conversó con personas con puntos de vista contrastantes. De allí surgieron extensos reportajes sobre Iraq, el Congo y Medio Oriente. Por sus textos periodísticos, que «durante toda su vida promovieron los valores democráticos y el entendimiento entre los ciudadanos de las Américas», lo estaban premiando en Nueva York.

Comimos en mesas redondas, en torno a las cuales charlaban con cuidada cordialidad periodistas y académicos, y a los postres vinieron los discursos.

Quiero acordarme ahora del discurso de Vargas Llosa, pero pese a las ganas que tenía de escucharlo, sus palabras se me iban olvidando a medida que hablaba, como arena que se escapa de las manos. El esmoquin y la pajarita seguramente le engolaron la voz y las ideas, y pontificó de lo lindo sobre la importancia del periodismo libre —en una sociedad liberal como la que pregona— y sobre los principios de calidad e independencia de los medios.

En las mesas, los satisfechos representantes de los medios más poderosos de Latinoamérica lo escuchaban con agrado. ¿Pero qué dijo? ¿Y por qué no puedo citarlo o recordar una frase feliz, un concepto, una idea? Si he leído una quincena de sus libros, si lo vengo leyendo desde la adolescencia... ¿cómo es que no puedo acordarme de lo que dijo esa noche?

Después del gran novelista, entregaron el premio a una reportera del *New York Times* que yo no conocía: su nombre es Ginger Thompson, y lo primero que supe de ella, cuando se levantó decidida y elástica del sillón donde cada premiado esperaba su turno, fue lo que transmitían su color mulato y su figura esbelta. Y Ginger, de quien no había leído una línea, empezó a contar una historia. Contó que en el inicio de su carrera como reportera internacional, en los años noventa, le tocó cubrir una ola de violencia en Haití.

En sus palabras se comenzó a colar el sol abrasador y la miseria extenuante del país más pobre de América. Asesinaban a políticos oficialistas y opositores, se sucedían las manifestaciones, la comunidad internacional peroraba impotente, y la joven reportera intentaba seguir a la tropa de periodistas que iban de acto en ceremonia, y del sitio del último atentado al funeral de la víctima. Cuando mataron a un ministro, la joven periodista ya tenía tarea para la mañana siguiente. Llamó a su chofer habitual y le pidió que la pasara a recoger al hotel para llegar temprano al entierro del funcionario.

«No puedo», le dijo el chofer. «Búsqese a otro. Yo tengo algo importante que hacer.»

Sin saber bien por qué, Ginger Thompson le preguntó qué era eso tan importante, y el chofer le informó que junto con el ministro habían asesinado a su chofer, un viejo amigo del chofer de la periodista. Y que para él, ir al entierro de su amigo era más importante que el trabajo mejor pagado. Y entonces, casi sin pensarlo, la reportera tomó una decisión que marcaría su carrera y que, de alguna forma, la llevó a escribir las crónicas que llamaron la atención del jurado de los Cabot.

«Voy contigo», le propuso ella. «Llévame por favor al entierro del chofer.»

Todavía recuerdo la sorpresa. Obvio, lo que Ginger quería decirnos esa noche, en la enorme sala circular de las grandes ceremonias en la Universidad de Columbia, se explicaba en esa escena. Pero la contó de tal manera que yo, al menos, no la vi venir. Tal vez me sorprendió porque se colocó a sí misma en ese momento, en el momento de recibir la respuesta del chofer y cuando no tenía preparada ninguna contrarréplica.

Y entonces, claro, se le ocurrió —y actuó como si se le estuviera ocurriendo allí, en el estrado, frente a nosotros— la proposición que la hizo entrar en otra dimensión del periodismo. No iría a cubrir como todos los demás los discursos del gobierno y los pasos conocidos de la ceremonia oficial. Iría al cementerio pobre, en el barro, con los dolientes descalzos que llorarían sin ceremonia al chofer. Y de allí sacaría su crónica del otro Haití, el hundido, el invisible.

Puedo pedir y citar los discursos exactos, pero siento que sería un engaño: quiero basarme en lo que recuerdo, a distancia. No me propuse compartir sus historias como las contaron ellos, sino el proceso de reconocimiento, regocijo y enriquecimiento que produce una buena historia bien contada. Y sobre todo, lo que nos queda —lo que nos va moldeando, historia a historia— en el proceso acumulativo, la formación de una memoria que se nutre de los descubrimientos de los otros.

¿De qué nos acordamos? ¿De qué nos olvidamos? ¿Qué se pierde para siempre? ¿Qué queda, adormecido pero con un ojo entreabierto, vigilante, en la penumbra de nuestra memoria?

A estas alturas, creo que habrá quedado claro que, para mí, como postulan muchos lingüistas y epistemólogos, lo que nos toca, nos apela, nos hace recordar o nos sorprende son mucho más las historias que las teorías, los argumentos y los sermones.

Somos más ricos después de haber leído las novelas de Vargas Llosa. Hemos disfrutado o sufrido con las tentaciones de Pantaleón y sus visitadoras, con el escribidor y su pícara tía Julia, con la furia de Urania en su viaje de vuelta a la República Dominicana, con los viajes profundos y paralelos de Paul Gauguin y su abuela Flora Tristán. Pero cuando el narrador se pone sentencioso, me cuesta seguirlo. Y no tiene que ver con el hecho —también cierto— de que sus admoniciones me parecen más simples, menos flexibles, más toscas que las historias que cuenta. Tiene que ver con el poder implacable de las historias.

Tras el último café tibio terminó la ceremonia de los premios Cabot, y en mi interior agradecí profundamente a Ginger Thompson, a quien no conocía y a quien no volví a ver, por la humanidad y el arte que me regaló con su historia del chofer del ministro. Y recordé, también, qué es lo que me mueve, lo que me llena, lo que leo sin cansarme, lo que trato de hacer en mis artículos y mis libros.

Cuando me dicen: «Te voy a contar una historia», que se hagan a un lado todas las teorías. Necesito las teorías para entender y pensar, pero si debo ser sincero, son las historias las que me quedan. Disfruto las historias inventadas, por supuesto, pero las reales —la no ficción— tienen para mí un inmenso valor agregado.

¿Por qué? Por un lado, porque es muy difícil no poder inventar, no poder agregar ni mentir, y, para ser realmente honestos, no poder quitar lo que no encaja con la coherencia de la historia que estamos contando. Debemos crear una narración que emocione, ilumine y plante en la mente del lector historias y personajes indelebles, pero nuestra materia prima es nada más y nada menos que la verdad. La persona que vemos al otro lado de la mesa o en la calle donde sucedió el hecho es ésa y no otra; lo que nos cuenta, aunque nos esté mintiendo, no lo podemos tergiversar. Tenemos que tratar de entender a gente que no actúa como si fueran personajes producto de nuestra imaginación.

Esta escritura, por muy alto que vuele, siempre estará pegada a la tierra, y nos hará más humildes y más sabios como escritores. Es mucho más difícil hacer literatura con personas ajenas, provistas de sus propias ideas, su lógica y su memoria, que con monigotes inventados por nosotros.

Y a los lectores, la buena «literatura de los hechos» los llevará, estoy convencido, más allá del goce estético y el impacto de escuchar una buena historia. Las historias «verdaderas» nos meten en el corazón de este mundo que nos rodea, de esta época u otra del pasado, nos ponen en contacto con puntos de vista divergentes sobre grandes acontecimientos de la historia o dramas más domésticos pero no menos profundos.

Es este mundo el que se nos muestra, es gente de verdad la que habla. Y es el enfrentamiento de un escritor-reportero con un mundo externo que no puede cam-